

Julián no me abandonó hasta dejarme en la plaza de Luis XV, el 5 de junio de 1807, a las tres de la tarde. Desde Granada me lleva a Aranjuez, a Madrid, al Escorial, y, desde allí, salta a Bayona.

«Salimos de Bayona—dice—el martes 9 de mayo, y pasamos a Pau, Tarbes, Barges, hasta Burdeos, donde llegamos el 18, cansados en extremo. Volvimos a ponernos en marcha el día 19, y pasamos por Angulema y Tours, llegando a Blois el 28, sitio donde dormimos. El 31 continuamos nuestro camino hasta Orleáns, haciendo nuestra última parada en Augerville.»

Estaba a corta distancia del palacio, cuyos habitantes no habían borrado de mi memoria aquel largo viaje. Pero, ¿dónde se hallaban los jardines de Armida? Dos o tres veces, volviendo a los Pirineos, he contemplado desde el camino real la columna de Mereville, que, lo mismo que la de Pompeyo, me anunciaba el desierto: todo ha cambiado, como mis expediciones marítimas.

Llegué a París antes de lo que había anunciado; de manera que me adelanté a mi vida. Por insignificantes que fuesen las cartas que había escrito, las vi con placer, como se ven los malos países que representan sitios en que nos hemos hallado. Estas cartas, fechadas en Modon, Atenas, Zea, Esmirna y Constantinopla, en Jaffa, Jerusalén, Alejandría, Túnez, Granada, Madrid y Burgos; aquellas líneas, trazadas sobre toda clase de papeles, con muy diversas tintas, conducidas por todos los vientos, no pueden menos de interesarme. Me complazco en revisar los pasaportes; toco con placer la vitela, admiro su elegante caligrafía, y me desvanezco con la pompa del estilo. Era yo, pues, un gran personaje. ¡Nosotros somos unos miserables, con nuestras cartas y nuestros pasaportes a cuarenta sueldos, comparados con esos señores de turbante!

Osman Seid, bajá de Morea, dirige así a quien corresponda, mi pasaporte para Atenas:

«Encargados de las leyes de las ciudades de Misitra (Esparta) y de Argos, cadíes, nadires, effendis, cuya sabiduría el cielo aumente; honor de vuestros vasallos y de vuestras vaivodas (provincias). y vosotros, por cuyos ojos ve vuestro señor, a quien reemplazáis en cada una de

vuestras jurisdicciones, empleados y negociantes cuyo crédito no puede menos de aumentar;

«Nos, os decimos que entre los nobles de Francia, un noble (especialmente) de París, provisto de esta orden, acompañado de un genizaro armado y de un criado para su escolta, ha pedido permiso y explicado su intención para pasar a algunos de los puntos y situaciones de vuestra jurisdicción, con objeto de ir a Atenas, que es un sitio fuera de vuestras jurisdicciones.

«Vosotros, pues, effendis, vaivodas, y todos los demás aquí enunciados, cuando dicho personaje llegue a los lugares de vuestras jurisdicciones, procuraréis que se tengan con él las consideraciones y demás obligaciones de que la amistad hace una ley, etc. Año 1221 de la Hegira.»

Mi pasaporte de Constantinopla para Jerusalén dice, además:

«Al sublime tribunal de su grandeza el cadí de Kouds (Jerusalén), scherif muy excelente effendi:

«Muy excelente effendi: que vuestra grandeza colocada sobre su tribunal augusto, reciba nuestras sinceras bendiciones y vuestras salutations amistosas.

«Nos, os mandamos a decir que un personaje noble de la corte de Francia, llamado Francisco Augusto de Chateaubriand, se dirige en este momento hacia vos para cumplir la santa peregrinación (de los cristianos).»

¿Ofrecemos nosotros tanta protección al viajero desconocido para las alcaldías y para los gendarmes que han de revisar su pasaporte? Pueden también leerse en estos pasaportes las revoluciones de los pueblos: ¡cuántos pasaportes ha sido menester que diera Dios a los imperios, para que un esclavo tártaro impusiese orden a un vaivoda de Misitra; es decir, a un magistrado de Esparta; y para que un musulmán recomendase a un cristiano al cadí de Kouds; es decir, de Jerusalén!

El *Itinerario* ha entrado en el número de los elementos que componen mi vida. Al ponerme en camino en 1806, una peregrinación a Jerusalén era una cosa muy extraña. Ahora, que muchos han hecho lo mismo, y que todo el mundo viaja, no existe la maravilla; nada me ha quedado en propiedad sino Túnez. Pocos son los que se han dirigido hacia esta parte, y convienen, por lo general, en que yo he sido el verdadero historiador

de la topografía de los puertos de Cartago, como me lo prueba esta honorífica carta:

«Señor vizconde: Acabo de recibir un plano del terreno y de las ruinas de Cartago, que marca con exactitud sus contornos y relieves; ha sido levantado trigonométricamente sobre una base de mil quinientos metros, y se apoya en observaciones barométricas hechas con los aparatos correspondientes. Es un trabajo de diez años de fatiga y de paciencia, y confirma la opinión de usted sobre la posición de los puertos de Birsá.

«He confrontado con este plano exacto todos los textos antiguos, y, según creo, he determinado el límite exterior y las otras partes de Cothon, de Birsá y de Megara, etc., etc. Le hago a usted una justicia merecida por tantos títulos.

«Si no teme usted verme caer sobre su genio con todo el peso de mi trigonometría y de mi pesada erudición, iré a visitarle a la menor indicación suya. Si mi padre y yo le seguimos de muy lejos en el camino de la literatura, hemos, al menos, procurado imitarle en la noble independencia de que tan hermoso modelo ha dado usted a Francia.

«Tengo el honor de ser, y me vanaglorio de ello, su sincero admirador.

»DUREAU DE LA MALLE.»

La página que termina el *Itinerario* parece estar escrita en la actualidad, al ver la manera con que reproduce mis sentimientos de hoy.

«Hace veinte años—decía yo—que me consagro al estudio en medio de todos los azares y de todos los dolores: *diversa exilia et desertas querere terras*: gran parte de las hojas de mis libros fueron trazadas bajo la tienda de campaña, en los desiertos, en medio de las olas; mil veces he tenido la pluma en la mano sin saber si mi existencia se prolongaría algunos momentos más. Si el cielo me otorga la tranquilidad de que nunca he disfrutado, trataré de elevar en el silencio un monumento a mi patria; si la Providencia me niega este favor, no debo pensar en otra cosa que en poner mis últimos días al abrigo de los dolores que han emponzoñado los primeros. Ya no soy joven; no deseo el ruido; conozco que las cartas cuyo secreto tanto placer nos proporciona, no nos producen más

que disgustos al publicarlas. De todos modos creo que he escrito lo bastante si mi nombre debe vivir; demasiado si ha de morir.»

Es probable que mi *Itinerario* quede sólo como un manual para uso de los judíos errantes de mi clase: en él he marcado escrupulosamente las paradas y trazado una carta de viaje. Los que han ido a Jerusalén me han escrito para felicitarme y darme las gracias por mi exactitud, de los cuales únicamente citaré un testimonio:

«Me ha hecho usted el honor, hace algunas semanas, de admitirme en su casa, así como a mi amigo el señor de Saint-Laumer; al mismo tiempo que íbamos a entregarle una carta de Abou-Gosch, íbamos a decirle cuántos nuevos méritos adquiría vuestro *Itinerario*, leyéndole sobre los lugares donde fué escrito, y cuán digno de aprecio era aún su título por la modestia con que está escogido, viéndose justificado a cada instante, por la minuciosa exactitud de las descripciones, exactas aun hoy día, salvo algunas ruinas de más o de menos, cambio único de estos países, etc., etc.

»JULIO FOLENTLOT.»

Calle Caumartin, número 23.

Aun conservo algunas cartas de Oriente, llegadas, a juzgar por su fecha, muchos meses después de escritas. Sacerdotes de la Tierra Santa, cónsules y particulares, que me creían influyente en el periodo de la Restauración, me han reclamado los derechos de su hospitalidad. El señor Gaspari, en 1816, me escribió para solicitar mi protección en favor de su hijo; su carta está dirigida: *Al señor vizconde de Chateaubriand, presidente de la Universidad real en París.*

El señor Caffé, sin perder de vista lo que pasa a su alrededor, y dándome noticias de su universo, me dice desde Alejandría: «Desde la marcha de usted, el país no ha mejorado, aunque reina la tranquilidad. El jefe nada tiene que temer por parte de los mamelucos refugiados en el Alto Egipto; con todo, es preciso que esté siempre en guardia. Abd-el-Ouald hace continuamente de las suyas en la Meca. Acaba de ser cerrado el canal de Manouf. Mehemet-Alí será memora-

ble en Egipto por haber ejecutado este proyecto, etc., etc.»

El día 12 de agosto de 1816, el señor Pangalo, hijo, me escribió desde Zea:

«Monseñor: Su *Itinerario de París a Jerusalén* ha llegado a Zea, y he leído a toda mi familia todo cuanto V. E. ha tenido a bien decir en nuestro favor. La permanencia de usted entre nosotros ha sido tan corta, que no hemos tenido lugar de poder merecer los elogios que hace de nuestra hospitalidad y del modo demasiado familiar con que le hemos recibido. Acabamos también de saber con la mayor satisfacción que V. E. se encuentra hoy, a causa de la restauración, en la categoría que merece por su mérito y nacimiento, de lo que le felicitamos, esperando que en medio de su esplendor el señor conde de Chateaubriand no se habrá olvidado de Zea, de la numerosa familia del anciano Pangalo, su huésped, de la familia en que se halla vinculado el consulado de Francia desde el glorioso reinado de Luis el Grande, que fué el que firmó los despachos de nuestro abuelo. Aquel anciano tan débil ha dejado ya de existir; he perdido a mi padre, y me encuentro con una muy escasa fortuna, encargado de toda la familia; tengo a mi madre, seis hermanas sin casar y muchas viudas a mi cargo con todos sus hijos. Recorro a la bondad de V. E., rogándole venga al socorro de nuestra familia, obteniendo que el consulado de Zea, que tan útil es para el despacho de las embarcaciones del rey, tenga derechos como los demás vice-consulados; que de agente que soy sin derechos, sea vicecónsul con la categoría de este empleo. No dudo que V. E. conseguirá fácilmente mi petición, en atención a los muchos servicios de mis abuelos, si se digna ocupar de ella, y que, al mismo tiempo, excusará la importuna familiaridad de sus huéspedes de Zea, que lo esperan todo de su bondad.

«Soy, con el más profundo respeto, sumamente humilde y obediente servidor.

»M. G. PANGALO.»

Las cartas en que me pedían protección llegaban a mi poder en medio de mi descrédito y de mis apuros. Al principio de la Restauración, el día 11 de octubre de 1814, recibí esta otra, fechada en París:

«Señor embajador: La señorita Dupont, de las islas de San Pedro y Miquelón, que tuvo el honor de verle a usted en estas islas, desearía obtener de V. E. un momento de audiencia. Como sé que habita usted ahora en el campo, le ruego me informe de la época del regreso de usted a París para verle.

»Tengo el honor, etc.

»DUPONT.»

No me acordaba de aquella señorita de la época de mi viaje por el Océano: ¡tan ingrata es la memoria! No obstante, conservaba un recuerdo de la mujer desconocida que se sentó a mi lado en la triste Cielade helada:

«Una joven marinera apareció en el declive superior de la colina; tenía las piernas desnudas, aunque hacía frío, y hollaba con sus pies, etc.»

Circunstancias independientes de mi voluntad me impidieron ver a la señorita Dupont. Si acaso era la prometida de Guillaumy, ¿qué efecto había producido en ella un cuarto de siglo? ¿Había sido maltratada por el invierno de Terranova, o conservaba todavía la primavera de las habas en flor, guarecidas en el foso del fuerte de San Pedro?

Me agrada sobremanera recibir cartas de ultramar, porque me parece que traen consigo algún murmullo de los vientos, algún rayo del sol, alguna emanación de los diversos destinos que las olas separan y que unen los recuerdos de la hospitalidad.

¿Volvería a ver con gusto estas lejanas comarcas? Una o dos de ellas, sí. El cielo del Atica produjo en mí un efecto que no se borrará jamás; mi imaginación se siente aún perfumada con los mirros del templo de la *Venus en el jardín*, y del *iris del Cefiso*.

Fenelón, en el momento de marchar a Grecia, escribía a Bossuet la carta que aquí cito. El futuro autor del *Telémaco* se revela en ella con el ardor del misionero y del poeta.

«Algunos pequeños obstáculos han retardado hasta ahora mi regreso a París; pero, en fin, monseñor, marchó ya, y por poco no vuelo. A vista de este viaje, medito uno mucho mayor. Grecia entera se abre ante mí; el sultán retrocede con espanto; ya el Peloponeso respira en libertad, y la Iglesia de Corinto va a vol-

ver a florecer; la voz del Apóstol se oirá de nuevo en ella; me veo ya transportado en esos deliciosos lugares y entre esas preciosas ruinas para recoger con los más curiosos monumentos el espíritu mismo de la antigüedad. Busco ese areópago en que San Pablo anunció a los sabios del mundo el Dios desconocido. Lo profano se me presenta después de lo sagrado, y no me desdeño de bajar al Pireo en que Sócrates levantó el plano de la república. Asciendo a la cima del Parnaso, cojo los laureles de Delfos, y gusto las delicias del Tempé.

¿Cuándo la sangre de los turcos se mezclará con la de los persas en las llanuras de Maratón, para dejar a Grecia entregada a la religión, a la filosofía y a las bellas artes, que la miran como a su patria?

..... Arva, besta
Petamus arva, divites et insulas.

«¡Nunca te olvidaré, isla consagrada por las visiones celestes del muy amado discípulo! ¡Oh dichosa Patmos; yo iré a besar sobre la tierra las huellas del Apóstol, y creeré ver los cielos entreabiertos! Allí me sentiré poseído de indignación contra el falso profeta que quiso descubrir los oráculos de la verdad, y bendeciré al Todopoderoso que, lejos de hundir la Iglesia como Babilonia, encadena al dragón y le da la victoria. Veo el cisma que cae, el Oriente y Occidente que se unen; y el que ve renacer el día después de una noche tan larga, y la tierra, santificada por los pasos del Salvador, regada con su sangre, libre de sus profanadores, y revestida de una nueva gloria, y, por último, los hijos de Abraham esparcidos por toda la tierra, y más numerosos que las estrellas del firmamento, que, reunidos los cuatro vientos, vendrán en tropel para reconocer a Jesucristo, a quien han maltratado, y a demostrar al fin del tiempo una resurrección. Basta ya, monseñor, y confiad en que ésta será mi última carta y el fin de mi entusiasmo, que tal vez os moleste. Perdonadlo a causa de mi deseo de hablaros de lejos, entre tanto que puedo hacerlo de cerca.»

»FR. DE FENELÓN.»

Este era el verdadero nuevo Homero, digno él solo de cantar Grecia y de referir sus bellezas al nuevo Crisóstomo.

Los vientos han dispersado los perso-

najes de Europa, del Asia y del Africa, entre los que yo he aparecido; uno cayó de la Acrópolis de Atenas, otro de la ribera de Chio; éste se ha precipitado desde la montaña de Sión, aquél no volverá a salir de las aguas del Nilo o de las cisternas de Cartago. Aquellos sitios han cambiado también, del mismo modo que en América se alzan ciudades donde yo he conocido selvas; lo mismo que un imperio se forma en esas arenas de Egipto en que mi vista no había encontrado más que horizontes desnudos y redondeados como la convezidad de un escudo, según dicen las poesías árabes, y lobos tan demacrados, que sus mandíbulas son como un bastón hendido. Grecia ha recobrado la libertad que yo le deseaba cuando la recorría escoltado por un genízaro. Pero, ¿disfruta de su libertad nacional, o sólo ha cambiado de yugo?

Yo soy, en cierto modo, el último incursor del imperio turco en sus antiguas costumbres. Las revoluciones, que por todas partes precedieron o siguieron mis pasos, se han extendido por Grecia, Siria y Egipto. ¿Se formará un nuevo Oriente? ¿Qué saldrá de él? ¿Recibiremos el castigo a que somos merecedores por haber enseñado el nuevo arte de la guerra a pueblos cuyo estado social se halla fundado sobre la esclavitud y sobre la poligamia? ¿Hemos conducido la civilización fuera de nuestro país, o hemos traído la barbarie al interior de la cristiandad? ¿Qué resultará de los nuevos intereses, de las nuevas relaciones políticas, de la creación de las potencias que podrán alzarse en el Levante? Nadie podrá decirlo. No me dejo alucinar por los barcos de vapor ni por los ferrocarriles, por la venta del producto de las manufacturas o por la fortuna de algunos soldados franceses, ingleses, alemanes, italianos, que han ingresado en las filas de un bajá: esto no constituye la civilización. Tal vez se vuelvan a presentar en medio de las tropas disciplinadas de los futuros Ibrahines los peligros que han amenazado a la Europa en la época de Carlos Martel, y de que más tarde nos salvó la generosa Polonia: compadezco a los viajeros que me sucedan: el harém no les ocultará sus misterios, no habrán visto el antiguo sol de Oriente y el turbante de Mahoma. El pequeño beduino me decía en francés cuando atravesaba las montañas de la Judea: «¡Adelante, marchen!» La or-

den estaba dada, y el Oriente ha marchado.

¿Qué fué del compañero de Ulises, Julián? Me había rogado éste, al entregarme su manuscrito, que le dejase de portero en la casa de la calle del Infierno: aquella plaza estaba ocupada por un antiguo criado y su familia, a quien yo no podía despedir. La cólera del cielo hizo de Julián un perdido y un borracho, y aunque lo soporté mucho tiempo, al fin nos vimos precisados a separarnos. Le di una pequeña cantidad, asignándole una pensión sobre mi caja, bastante ligera, es cierto, pero siempre copiosamente llena de buenos billetes y excelentes hipotecas sobre mis castillos en el aire. Hice que dieran a Julián una plaza en el hospicio de ancianos, según deseaba, y allí acabó su grande y último viaje. Pronto iré yo a ocupar su lecho vacío, como ocupé en Etnis-Capi la estera de que acababan de levantar a un musulmán apesadado. Indudablemente tengo vocación para el hospital en que yace la vieja sociedad. Parece vivir, y no por eso deja de estar en la agonía. Cuando haya expirado, se descompondrá para reproducirse bajo nuevas formas, pero primero es preciso que sucumba; la primera necesidad de los pueblos y de los hombres es la de morir. «El hielo—dice Job—se forma al soplo de Dios.»

AÑOS DE 1807, 1808, 1809 Y 1810. — ARTÍCULO DE «EL MERCURIO» DEL MES DE JUNIO DE 1807. — COMPRO LA POSESIÓN DE LA VALLÉE-AUX-LOUPS Y ME RETIRO A ELLA. — «LOS MÁRTIRES.»

La señora de Chateaubriand había estado muy mala durante mi viaje; muchas veces mis amigos me creyeron perdido. En algunos apuntes que el señor de Clausel escribió para sus hijos, y que ha tenido la bondad de dejarme, se lee el pasaje siguiente:

«El señor de Chateaubriand emprendió su viaje a Jerusalén en el mes de julio de 1806. Durante su ausencia iba yo diariamente a casa de la señora de Chateaubriand. Nuestro viajero tuvo la bondad de escribirme una carta bastante extensa, fechada en Constantinopla, que encontraréis en la cómoda de la biblioteca, en Coussergues. En el invierno de 1806 a 1807 supimos que el señor de

Chateaubriand se había embarcado para volver a Europa; cierto día me estaba paseando por el jardín de las Tullerías con el señor de Fontanes, y hacía un viento Oeste horroroso. Nos resguardábamos de él en un terraplén a la orilla del agua, y el señor de Fontanes me dijo: «¡Tal vez en este mismo momento esté naufragando nuestro amigo!» Después nos enteramos de que estuvo a punto de realizarse este presentimiento. Hablo de esto para explicaros la sincera amistad, el vivo interés por la gloria literaria del señor de Chateaubriand, que fué en aumento con este viaje, los nobles, los profundos y raros sentimientos que animaban al señor de Fontanes, persona excelente, de quien luego recibí dos grandes servicios, y del que os recomiendo os acordéis ante Dios.»

Si debiese yo vivir y si pudiese hacer vivir en mis obras a todos los seres que me son queridos, ¡con qué placer llevaría conmigo a todos mis amigos!

Lleno de esperanza llevaba a los hogares mi manojo de espigas; pero mi reposo no fué de larga duración.

Por una sucesión de convenios, me había quedado de único propietario de *El Mercurio*. El señor Alejandro de Laborde publicó hacia fines del mes de junio de 1807 su viaje por España; en julio hice el artículo, del cual he citado algunos pasajes hablando de la muerte del duque de Enghien: *Cuando en el silencio de la abyección*, etc. La buena fortuna de Napoleón, en vez de hacerme sucumbir, me había indignado; había adquirido nueva energía en mis sentimientos y en las tempestades. No en balde se hallaba mi rostro tostado por el sol, ni me había entregado a la cólera del cielo para temblar ante la cólera de un hombre. Si Bonaparte había acabado con los reyes, no había acabado conmigo. Mi artículo, yéndose a colocar en medio de sus prosperidades y de sus maravillas, conmovió a Francia, y se repartieron innumerables copias manuscritas de él; muchos subscriptores a *El Mercurio* entresacaron de él el artículo haciéndolo encuadernar aparte; leíase en las reuniones y lo llevaban de casa en casa. Es necesario haber vivido en aquella época para formarse una idea del efecto producido por una voz elevándose sola en el silencio del mundo. Los nobles sentimientos, ocultos en lo más recóndito

de los corazones, se despertaron. Napoleón tembló de cólera; todos le irritan, menos en razón de la ofensa recibida que en razón de la idea formada de ellos mismos. ¡Atreverse a despreciar hasta la misma gloria! ¡Arrojar por segunda vez el guante a aquel ante quien se ha prosternado el universo! «¡Chateaubriand cree que soy un imbécil, que no le comprendo! ¡Yo le haré acuchillar en las escaleras de las Tullerías!» Dió orden de suprimir *El Mercurio* y de prenderme. Mi propiedad sucumbió, y mi persona se salvó milagrosamente: Bonaparte tuvo que cuidarse del mundo, y me olvidó; pero quedé bajo el peso de su amenaza.

Mi posición era una posición bastante crítica: cuando creía deber obrar por las inspiraciones de mi honor, me encontraba abrumado con mi responsabilidad personal y con las penas que causaba a mi esposa. Su valor era grande, pero no por eso sufría menos, y estas tempestades que se formaban sucesivamente sobre mi cabeza agitaban su vida. Sufrí tanto por mí durante la Revolución, que nada tenía de extraño que deseara un poco de tranquilidad; y esto con tanto más motivo, cuanto que la señora de Chateaubriand admiraba a Bonaparte, sin restricciones, y no se hacía ilusión alguna sobre su legitimidad, predicándome constantemente lo que me sucedería con la vuelta de los Borbones.

El primer tomo de estas *Memorias* está fechado en la Vallée-aux-Loups, el 4 de octubre de 1811: allí se encuentra la descripción del retiro que compré para ocultarme en aquella época. Dejando nuestra habitación en casa de la señora de Coislin, nos fuimos a vivir a la calle de Saints-Peres, casa de Lavallette, que tomaba su nombre de la dueña y del dueño de la casa.

El señor de Lavallette, regordete, vestido con una levita de color de ciruela y llevando un bastón con puño de oro, llegó a ser mi agente de negocios, si es que yo tuve negocios alguna vez. Había sido gentilhombre de boca de S. M., y lo que yo no comía lo bebía él.

A últimos de noviembre, viendo que las obras de mi futura cabaña no adelantaban, tomé el partido de ir en persona a vigilarlas, y llegamos por la tarde a la Vallée. No fuimos por el camino de costumbre; entramos por la verja que hay en la parte más baja del jardín. La tierra de las calles de árboles, levantada

por las lluvias, impedía que nuestros caballos avanzaran, y volcó el carruaje. El busto en yeso de Homero, colocado al lado de la señora de Chateaubriand, saltó por la ventanilla y se rompió por el cuello; mal agüero para *Los Mártires*, de que entonces me ocupaba.

La casa, llena de trabajadores que reían, cantaban y martillaban, estaba caldeada con hogueras de virutas e iluminada con cabos de vela; parecía una ermita iluminada de noche por los peregrinos en medio de los bosques. Muy contentos por haber encontrado dos habitaciones regularmente arregladas, y en una de las cuales se había preparado una comida, nos sentamos a la mesa. A la mañana siguiente, despertado por los martillazos y por el canto de los colonos, vi levantarse el sol más tranquilo que el dueño de las Tullerías.

Me hallaba rodeado de una infinidad de placeres: sin ser la señora de Sevigné, me ocupaba, provisto de un par de zuecos, en plantar mis árboles, en pasar y repasar un mismo paseo, en mirar y remirar los más pequeños rincones, en ocultarme en algún matorral, haciéndome mil ilusiones sobre el porvenir de mi posesión, porque entonces podía tener porvenir. Procurando hoy día abrir en mi memoria el horizonte que ya se cerró, no encuentro el mismo, pero hallo otros. Me extravió en pensamientos desvanecidos; las ilusiones que me ocupan son, quizás, tan bellas como las primeras, solamente que no son tan jóvenes; lo que veía a la luz del mediodía, lo contemplo hoy al reflejo del sol poniente. «Con todo; ¡si yo pudiera cesar de soñar!» Bayardo, intimado a rendir una plaza, respondió: «¡Esperad a que haya construido un puente de cadáveres para poder pasar con mi guarnición.» Mucho me temo, que, para salir yo de ella, será preciso pasar por encima de los cuerpos de mis ilusiones.

Mis árboles, siendo aún pequeños, no recogían el rumor de los vientos del otoño; pero, en la primavera, las brisas que alentaban sobre las flores de los prados vecinos guardaban su soplo, comunicándolos después a mi cercado.

Hice algunas reformas en mi cabaña. Adorné su fachada de ladrillo con un pórtico sostenido por columnas de mármol negro y por dos cariátides de mármol blanco. Mi propósito era añadir una torrecilla sobre mi pabellón; y, en tanto que esto se llevaba a efecto, hice una es-

pecie de almena sobre la muralla que me separaba del camino; de esta manera, me anticipaba a la manía por la Edad Media que hoy nos asedia por todas partes. La Vallée-aux-Loups es la única cosa que echo de menos de todas las que perdí; está escrito que yo no puedo conservar nada. Después de perder mi Vallée, había planteado la *Enfermería de Maria Teresa*, de que igualmente me acabo de separar. Hoy desafío a la suerte a que me aficione al menor puñado de tierra; de ahora en adelante no tendré más jardín que esas calles de árboles, honradas con nombres tan honoríficos alrededor de los Inválidos, y por las que me paseo con mis compañeros mancos y cojos. No lejos de esas calles se eleva el ciprés de la señora de Beaumont; en esos desiertos espacios, la esbelta y ligera duquesa de Chatillon se apoyaba en otro tiempo sobre mi brazo; hoy sólo doy mi brazo al tiempo: ¡y cuán pesado es!

Trabajaba con sumo placer en mis *Memorias*, y *Los Mártires* adelantaban; había leído algunos tomos de ellos al señor de Fontanes. Me había establecido en medio de mis recuerdos, como en una gran biblioteca; primero consultaba una cosa, después otra, y, por último, cerraba, suspirando, mis registros, porque conocía muy bien que, penetrando en ellos la luz, se perdían sus misterios. Iluminad los días de la vida, y ya no serán lo que fueron.

En el mes de julio de 1808 caí enfermo, viéndome obligado a volver a París. Los médicos hicieron peligrosa mi enfermedad: viviendo Hipócrates, hubo gran escasez de muertos en el infierno, dice el epigrama: gracias a nuestros modernos Hipócrates, los hay con demasiada abundancia.

Este ha sido, tal vez, el único momento de mi vida en que, próximo a morir, tenía deseos de vivir. Cuando mis fuerzas desfallecían, cosa que me ocurría con frecuencia, decía a la señora de Chateaubriand: «No tengas cuidado; pronto volveré en mí.» Perdía el conocimiento, pero, con una inexplicable impaciencia interior, porque había algo que me atraía a este mundo. Tenía también un ansia de acabar lo que creía y lo que todavía creo ser la obra más correcta de cuantas he hecho. Pagaba el fruto de las fatigas que había sufrido en mi viaje a Levante.

Girodet había dado el último toque a mi retrato; lo hizo tal como yo me ha-

llaba entonces; pero lo marcó con el sello de su genio. El señor Denon recibió la obra maestra para presentarla en la exposición, y, como buen cortesano, la colocó en el sitio menos visible. Cuando Bonaparte pasó revista a la galería, dijo, después de haber mirado los cuadros: «¿Dónde está el retrato de Chateaubriand?» Sabía que debía encontrarlo allí; viéronse obligados a sacar el prospecto de su escondrijo. Napoleón, que había ya abandonado su pasajera generosidad, exclamó, mirando el retrato: «Tiene el aire de un conspirador que baja por la chimenea.»

Cierto día que fui solo a la Vallée, el jardinero me dijo que un caballero grueso había estado a preguntar por mí, y que, no habiéndome encontrado, había dicho que quería esperarme; que había ordenado que le hicieran una tortilla, recostándose después sobre mi cama. Subo, entro en mi cuarto y veo un bulto enorme, dormido en mi cama: sacudiendo aquella masa informe, grité: «¿Quién está ahí!» La masa se conmovió, incorporándose. Tenía la cabeza cubierta con una gorra de pelo, y llevaba una casaca y un pantalón de lana moteado, que parecían de una sola pieza; su rostro estaba salpicado de tabaco, y su lengua asomaba entre los labios entreabiertos. ¡Era mi primo Moreau! No le había vuelto a ver desde que nos separamos en el campo de Thionville. Volvía de Rusia y pretendía entrar en el servicio. Mi antiguo cicerone en París fué a morir a Nantes. Así desapareció uno de los primeros personajes de mis *Memorias*. Yo desearía que, recostado sobre un lecho de asfódelos, hablase aún de mis versos con la señora de Chastenay, si esta sombra de agradables recuerdos ha bajado a los Campos Elíseos.

En la primavera de 1809 vieron *Los Mártires* la luz pública: aquel trabajo estaba hecho concienzudamente; había consultado con críticos de buen gusto, tales como el señor de Fontanes, Bertin, Boissonade, Malte-Brun, someténdome a sus observaciones. Cien veces había reformado una misma página. De todos mis escritos, éste es, sin duda alguna, el que tiene un lenguaje más correcto.

No me había equivocado en mi plan; hoy, que ya mis ideas se han hecho vulgares, nadie puede negar que la lucha de dos religiones, la una en su agonía y la

otra en su cuna, ofrece a las musas el campo más rico, más fecundo y más dramático. Esperaba poder halagar un poco mis esperanzas, y olvidaba el éxito de mi primera obra: en este país no se puede pronosticar sobre dos cosas, por semejantes que sean; la una destruye a la otra. Si tenéis alguna facilidad para escribir en prosa, guardaos de los versos: si os distinguís en las letras, no aspiréis a la política: tal es el espíritu francés y tal es su miseria. Los egoísmos alarmados, las envidias sorprendidas por el primer laurel de un autor, se coligan, acechando la segunda publicación del poeta para tomar un ruidoso desquite:

Todos, con la pluma en la mano, juran tomar venganza.

Tenía yo que pagar la necia admiración que había excitado a la aparición de *El Genio del Cristianismo*; forzosamente había de devolver lo que había robado. ¡Ah, no era menester tomarse tanto trabajo para arrebatarme lo que yo mismo no creía merecer! Si había libertado la Roma cristiana, únicamente pedía una corona, una guirnalda tejida con las flores cogidas en la ciudad eterna.

¡El ejecutor de justicias, de las vanidades, fué el señor Hoffmann, a quien Dios tenga en descanso! El *Diario de los Debates* no era libre; sus propietarios no tenían en él poder alguno, y la censura consigna en él mi sentencia. El señor Hoffmann perdonó, sin embargo, la batalla de los francos y algunos trozos de la obra; pero aunque Cimodocea le pareció bella, era él demasiado buen católico para no indignarse de la unión de las verdades del cristianismo con las fábulas mitológicas. Velleda no bastó a salvarme. ¡Me imputaron como un crimen el haber transformado a la druidesa germánica de Tácito, en gala, como si hubiese tomado de ella otra cosa que un nombre armonioso! ¡Y he aquí que los cristianos de Francia, a quienes tantos servicios había yo hecho al levantar sus caídos altares, creyeron su deber escandalizarse neciamente bajo la palabra evangélica del señor Hoffmann! El título de *Los Mártires* les engañó: esperaban leer un martirologio. El tigre que destrozaba tan sólo a una hija de Homeo les pareció un sacrilegio.

El martirio positivo del papa Pío VII, a quien Napoleón había conducido prisionero a París, no los escandalizaba, pero se sublevaban ante mis ficciones poco

cristianas, según decían. El obispo de Chartres fué el encargado de ejecutar la sentencia de las horribles impiedades del autor de *El Genio del Cristianismo*. ¡Ay! hoy debe conocer que su celo es reclamado para otros combates muy distintos.

El señor obispo de Chartres es hermano de mi excelente amigo, el señor de Clausel, cristiano irreprochable, y que no se dejó arrastrar por una virtud tan sublime como la del crítico su hermano.

Pensé en contestar a la censura como lo había hecho en otra época con respecto a la de *El Genio del Cristianismo*. Montesquieu me alentaba a ello con su defensa de *El Espíritu de las Leyes*. Y pensé mal. Los autores atacados, aun cuando digan las mejores cosas del mundo, no excitan más que la sonrisa de los espíritus imparciales y las burlas de la generalidad. Se colocan en un terreno muy falso; la actitud defensiva es antipática al carácter francés. Cuando para responder a las objeciones demostraba que, desfigurando algún trozo habían atacado algún hermoso resto de la antigüedad, salían por otro lado del apuro, diciendo que *Los Mártires* no eran más que una mala copia. Si justificaba la presencia simultánea de dos religiones con la autoridad misma de los padres de la Iglesia, replicaban que en la época en que yo presentaba la acción de *Los Mártires* el paganismo no existía ya entre las personas de talento.

Creí de buena fe que la obra fracasaba; la violencia del ataque había hecho flaquear mi convicción de autor. Algunos amigos me consolaban, diciendo que la proscripción no se hallaba justificada; que el público, tarde o temprano, revocaría aquella sentencia. El señor de Fontanes, sobre todo, se mantuvo firme; yo no era Racine; pero él podía ser Boileau, y no cesaba de repetir: «Ellos caerán de su error.» Su convicción era tan profunda, que le inspiró las bellas estancias:

El Tasso errante de ciudad en ciudad, etc., etc.

sin temor alguno de comprometer su buen gusto y la autoridad de su juicio.

Efectivamente, *Los Mártires* se han levantado; han obtenido el honor de cuatro ediciones consecutivas; han gozado entre los literatos de un favor completamente especial; han pasado, en fin, por una obra que demuestra un estudio pro-

fundo, cierto trabajo de estilo y un gran respeto hacia el lenguaje y el gusto.

El defecto de *Los Mártires* depende de la orientación que en el resto de mis preocupaciones clásicas había empleado poco a propósito. Asustado de mis innovaciones, consideré imposible pasarme sin un *infierno* y sin un *cielo*. Los ángeles buenos y malos bastaban, sin embargo, al desarrollo de la acción, sin entregarla a máquinas ya gastadas. Si la batalla de los francos, si Velleda, si Gerónimo, Agustín, Eudoro, Cimodocea, si la pintura de Nápoles y Grecia no obtienen el perdón de *Los Mártires*, no son, por cierto, el *cielo* ni el *infierno* los que los han de salvar. Uno de los trozos que más agradaban al señor de Fontanes, era el siguiente:

«Cimodocea se sentó delante de la ventana de la prisión, y reclinando sobre la mano su cabeza, que el velo de los mártires embellecía, suspiró estas armoniosas palabras:

»—Ligeros navíos de la Ausonia, cruzad el mar tranquilo y brillante; esclavos de Neptuno, abandonad la vela al amante soplo de los vientos y encorvaos sobre el ligero remo. Conducidme bajo el amparo de mi esposo y de mi padre a las dichosas riberas del Pamiso. ¡Volad, aves de la Libia, cuyo flexible cuello se encorva con tanta gracia; volad hacia la cima del Itomo, y decid que la hija de Homero va a volver a ver los laureles de Mesenia!

»¡Cuándo volveré a reposar sobre mi lecho de marfil; cuándo veré la luz del día, tan querida de los mortales, las praderas esmaltadas de flores, regadas por un agua purísima, y que el pudor embellece con su soplo!»

El Genio del Cristianismo será siempre mi mayor obra, porque ha producido o determinado una revolución y empezado la nueva era del siglo literario. No sucede lo mismo con *Los Mártires*: llegaban después de la revolución, y no eran más que una prueba superabundante de mis doctrinas; mi estilo no era una novedad, y exceptuando el episodio de Velleda y la descripción de las costumbres de los francos, mi poema se resiente de los lugares que ha frecuentado: lo clásico domina en él a lo romántico.

En fin; las circunstancias que contribuyeron al buen éxito de *El Genio del*

Cristianismo no existían ya; el gobierno, lejos de serme favorable, era mi enemigo. *Los Mártires* proporcionaron una nueva ocasión para perseguirme; las alusiones marcadas en el retrato de Galerio y en la descripción de la corte de Diocleciano, pudieron escapar a los ojos de la policía imperial, tanto mejor, cuanto que el traductor inglés, que no tenía por qué guardar consideraciones de ninguna especie, y a quien le importaba poco comprometerme o no, había hecho notar aquellas alusiones en su prólogo.

La publicación de *Los Mártires* coincidió con un acontecimiento funesto. Aquel acontecimiento no desarmó a los aristarcos, gracias a la fiebre que anima a los que se encuentran en el poder; conocían que una crítica literaria que tendía a disminuir el interés inspirado por mi nombre no podía menos de agrandar a Napoleón. Este, como los banqueros millonarios que dan espléndidos convites y hacen pagar los portes de cartas, no des-cuidaba las pequeñas ganancias.

ARMANDO DE CHATEAUBRIAND

Armando de Chateaubriand, a quien ya habéis conocido cuando era compañero de mi infancia, que habéis vuelto a encontrar en el ejército de los príncipes con la sorda y muda Libba, se había quedado en Inglaterra. Se había casado en Jersey, y hallábase encargado de la correspondencia de los príncipes. Habiéndose embarcado el día 25 de septiembre de 1808, fué arrojado sobre las costas de Bretaña el mismo día, a las once de la noche, cerca de San Casto. La tripulación del buque se componía de once hombres; dos únicamente eran franceses: Roussel y Quintal.

Armando se encaminó a casa del señor Delaunay-Boisé-Lucas, padre, que vivía en la aldea de San Casto, donde en otro tiempo los ingleses se habían visto obligados a reembarcarse; su huésped le aconsejó que volviera a ponerse en marcha; pero el barco se había ya hecho a la vela hacia Jersey. Armando, habiéndose entendido con el hijo del señor Boisé-Lucas, le entregó los paquetes que le había confiado el señor Enrique Larivière, agente de los príncipes.

«Fuí a la costa el 29 de septiembre, dice en uno de sus interrogatorios, donde permanecí dos noches sin poder divisar mi buque. Siendo la luna demasiado cla-

ra, me retiré, y volví el 14 o el 15 del día siguiente, permaneciendo allí hasta el día 24. Pasé inútilmente todas las noches sobre las rocas; mi barco no se veía por ningún lado; por el día volví a casa del señor Boisé-Lucas. El mismo barco y la misma tripulación, de la que formaban parte Roussel y Quintal, debían volver a recogerme. Referente a las precauciones tomadas con el señor Boisé-Lucas, padre, no había otras que las que ya he referido.»

El intrépido Armando, habiendo abordado a pocos pasos de su campo paternal, como a la costa inhospitalaria de la Táuride, buscaba inútilmente, a la claridad de la luna, el barco que le hubiera podido salvar. Habiendo yo en otro tiempo abandonado a Combourg para marchar a la India, paseé mis tristes miradas sobre aquellas aguas. Las rocas de San Casto, donde pasaba Armando las noches; el cabo de la Varde, donde me hallaba sentado; algunas leguas de mar, recorrido por nuestras miradas opuestas, han sido testigos de las desdichas, y han separado los destinos de dos personas unidas por el nombre y por la sangre. En medio de las mismas aguas fué donde también encontré a Gesril por última vez. Me sucedía con bastante frecuencia ver en mis sueños a Gesril y a Armando lavando las heridas de sus frentes en el abismo, al mismo tiempo que se extendían hasta mis pies las olas enrojecidas con que nos entreteníamos en nuestra infancia (1).

Armando consiguió por fin embarcarse en un navío comprado en Saint-Malo; pero, rechazado por un viento noroeste, se vió obligado a detenerse aún. Por último, el 6 de enero, ayudado por un marinero llamado Juan Brien, botó una embarcación pequeña, que estaba abandonada, y se apoderó de otro bote que flotaba en las aguas. En su interrogatorio del 18 de marzo da cuenta de esta navegación, que participa de mi estrella y de mis aventuras:

«Desde las nueve de la noche, hora en que nos hicimos a la mar, hasta eso de las dos de la madrugada, el tiempo nos fué favorable. Creyendo entonces hallarnos no lejos de las rocas llamadas las *Mainquiers*, anclamos, con objeto de esperar la llegada del día; pero habiendo

(1) Una mano desconocida y generosa me ha remitido los originales del proceso de Armando.

refrescado el viento, y temiendo que arreciase, proseguimos nuestro camino. Pocos momentos después la mar creció mucho, y habiéndose roto nuestra aguja de marear con la caída de una verga, perdimos la dirección de nuestra ruta. El primer puerto que pudimos reconocer, el día 7 (serían como las doce del día), fué la costa de Normandía, por lo que cambiamos de rumbo, y anclamos de nuevo cerca de las rocas llamadas *Ecreho*, situadas entre la costa de Normandía y Jersey. Los vientos contrarios y fuertes nos detuvieron allí todo el resto del día 7 y todo el día 8. El 9 por la mañana dije a Depagne que se me figuraba que había disminuído el viento, en atención a que el barco estaba más tranquilo, y que indagase de qué lado soplaban. Me contestó que no veía ya las rocas junto a las que habíamos anclado. Entonces juzgué que nos habíamos desviado, habiendo perdido las áncoras. La violencia de la tempestad no nos dejaba otro recurso que el de ampararnos en la costa. Como no divisábamos la tierra, no sabíamos a qué distancia nos encontrábamos de ella. En este momento fué cuando arrojé al mar mis papeles, a los que tuve cuidado de atar una piedra. A las nueve de la mañana nos hallamos en la costa de Normandía, en Bretteville-sur-Ay.

»Fuimos recogidos por los aduaneros, que me sacaron casi muerto del barco, y con los brazos y las piernas helados. Nos llevaron a la casa del teniente de la brigada de Bretteville, y dos días después, Depagne fué conducido a la cárcel de Coutances; desde entonces no he vuelto a saber de él. Algunos días después, fuí yo también llevado a la cárcel de esta ciudad, y al siguiente día conducido a Saint-Ló por el mariscal del distrito, permaneciendo ocho días en su casa. Fui presentado una vez ante el prefecto del departamento, el día 26 de enero, y salí con el capitán y el sargento del distrito de la gendarmería en dirección a París, adonde llegué el 28. Me llevaron ante el señor Desmarests, en el ministerio de la policía general, y de allí a la prisión de la Grande-Force.»

Armando había tenido contra sí los vientos, las olas y la policía imperial; Bonaparte estaba en connivencia con las tempestades. Los dioses desperdiciaban en gran manera su cólera para una existencia tan pacífica.

Las olas devolvieron a la playa de Notre-Dame-d'Alloue, cerca de Valognes, el paquete que mi primo había arrojado al mar. Los papeles encerrados en este paquete sirvieron de pruebas. Había treinta y dos. Quintal, vuelto con su barco a la playa de la Bretaña para recoger a Armando, por una obstinada fatalidad había naufragado también en las aguas de Normandía algunos días antes que mi primo. La tripulación del barco de Quintal habló, y el prefecto de Saint-Lô se enteró de que el señor de Chateaubriand era el jefe de las empresas del príncipe. Así que llegó a su noticia que una chalupa, tripulada únicamente por dos hombres, había llegado a tierra, no dudó un solo momento que Armando fuese uno de los dos naufragos, puesto que todos los pescadores hablaban de él como del marino más intrépido que habían conocido hasta entonces.

El 20 de enero de 1809, el prefecto de la Mancha comunicó a la policía general la prisión de Armando. Su comunicación empezaba de esta manera:

«Mis conjeturas se han realizado por completo; Chateaubriand está preso, y él fué quien abordó a la costa de Bretteville, bajo el nombre de John Fall.

»Temeroso de que, a pesar de las órdenes perentorias que había dado no llegase John Fall a Saint-Lô, encargué al sargento de la gendarmería del distrito, Mauduit, persona de confianza, y de una gran actividad, que buscara al dicho John Fall por todas partes, y que lo condujera a mi presencia, cualquiera que fuese el estado en que se hallara. Se le encontró en Coutances, en el momento en que se disponían a trasladarlo al hospital para curarle las piernas, que tenía heladas.

»Hoy ha comparecido Fall ante mí. De antemano había introducido a Lelièvre en una habitación, desde la cual podía ver entrar a John Fall, sin ser visto. Cuando Lelièvre le vió subir la escalera que había antes de llegar a aquella habitación, exclamó dando palmadas y cambiando de color: «¡Es Chateaubriand! ¿Cómo lo han cogido?»

»Lelièvre no se hallaba enterado de nada. Esta exclamación fué arrancada por la sorpresa. Después me rogó que no dijera que había nombrado al señor de Chateaubriand, porque le perdía, y he dejado ignorar a John Fall que conocía su verdadero nombre.»

Conducido a París y encerrado en la Force, Armando sufrió un interrogatorio secreto en la prisión militar de la Abadía. Bertrand, capitán de la primera media brigada de veteranos, había sido nombrado fiscal de la comisión militar encargada por decreto de 25 de febrero, de intervenir en este asunto, por el general Hullin, que era comandante de armas de París.

Los individuos comprometidos eran: el señor de Goyon, enviado a Brest por Armando, y el señor Boisé-Lucas, hijo, encargado de entregar las cartas de Enrique de Larivière a los señores Laya y Sicard, en París.

En una carta del 13 de marzo escrita a Fouché, decía Armando: «Que el emperador se digne otorgar la libertad a los que gimén en las prisiones, por haberme manifestado su amistad, aun cuando a mí me suceda lo que quiera. Recomiendo mi desgraciada familia al emperador.»

Esta mala inteligencia de un hombre de entrañas humanas que se dirige a una hiena hace daño. Bonaparte no era el león de Florencia: él no soltaba al hijo por las lágrimas de la madre. Yo había escrito a Fouché pidiéndole una entrevista; me fué concedida, y me aseguraron con el aplomo de la ligereza revolucionaria, «que había visto a Armando, y que no debía pasar ningún cuidado por él: que moriría bien, y que tenía el aspecto de un hombre resuelto». Si hubiera yo propuesto a Fouché que muriese, ¿usaría para consigo mismo ese tono deliberado y esa soberbia indiferencia?

Me dirigí a la señora de Remusat, rogándola entregase a la emperatriz una carta pidiendo justicia o gracia para el acusado. La señora condesa de Saint-Lieu me contó en Arenenberg el resultado de mi carta. Josefina la entregó al emperador, que pareció como si dudara al leerla; pero después, hallando en ella algunas palabras que le desagradaron, arrojó con mal humor la carta al fuego. Me había olvidado de que no se podía ser orgulloso sino en causa propia.

El señor de Goyon, condenado al mismo tiempo que Armando, sufrió su sentencia, no obstante haberse interesado por él la baronesa-duquesa de Montmorency, hija de la señora de Matignon, de las que eran aliados los Goyon. Una Montmorency servil debía haberlo alcanzado todo, si bastara el prostituir un nombre para aliar a un poder nuevo una

antigua monarquía. La señora de Goyon, que no pudo salvar a su esposo, salvó al joven Boisé-Lucas. Todo anduvo desbaratado en esta catástrofe, que se ensañaba con personas desconocidas; se había dicho que se trataba de la caída de un mundo: tempestades en el agua, emboscadas en tierra, Napoleón, el mar, los asesinos de Luis XVI y tal vez alguna pasión, alma misteriosa de las catástrofes de la sociedad. Y todo esto ha pasado casi inadvertido; sólo a mí me afectó, y sólo vivió en mi memoria. ¿Qué importaban a Bonaparte los insectos aplastados por su mano sobre su corona?

El día de la ejecución quise acompañar a mi camarada sobre su último campo de batalla; no encontré carruaje, y corrí a pie a la llanura de Grenelle. Llegué sudando un momento después de la ejecución: Armando acababa de ser fusilado hacía un instante contra las murallas de París. Su cabeza estaba destrazada: el perro de un verdugo lamía su sangre y su cerebro. Acompañé la carreta que conducía los cuerpos de Armando y sus dos compañeros, plebeyo y noble, Quintal y Goyon, al cementerio de Vaugirard, donde había acompañado antes al señor de La Harpe. Vi por última vez a mi primo, sin poder reconocerlo; el plomo le había desfigurado y no se le veía el rostro; no pude apreciar en él el destroz de los años, ni aun ver la muerte a través de aquel sangriento velo; así es que se conservó joven en mi memoria y tal como le había visto en el sitio de Thionville. Fué fusilado el Viernes Santo, y el crucifijo se me aparecía al fin de todas mis desgracias. Cuando me pasee por el bulevar de la llanura de Grenelle me detengo siempre a mirar la señal de las balas sobre la muralla. Si las balas de Napoleón no hubiesen dejado otras huellas que ésta, seguramente no se hablaría de él.

¡Extraño encadenamiento de los destinos! El general Hullin, comandante de armas de París, fué quien nombró la comisión militar que hizo saltar la tapa de los sesos de Armando: en otra época él fué nombrado presidente de la comisión que fusiló al duque de Enghien. ¿No hubiera debido abstenerse, después de la primera catástrofe, de tomar parte en ningún consejo de guerra? Y yo he hablado de la muerte del hijo del gran Condé sin recordar al general Hullin, la par-

te que había tomado en la ejecución del obscuro soldado de mi familia. Para juzgar a los jueces del tribunal de Vincennes, había sin duda, a mi vez, recibido mi comisión del cielo.

París, 1833.

AÑOS 1811, 1812, 1813 y 1814. — PUBLICACIÓN DEL «ITINERARIO». — CARTA DE BAUSSET. — MUERTE DE CHENIER. — SOY ADMITIDO MIEMBRO DEL INSTITUTO. — MI DISCURSO.

El año 1811 fué uno de los más notables en mi carrera literaria.

Publiqué el *Itinerario de París a Jerusalén*, reemplacé al señor de Chenier en el Instituto, y comencé a escribir las *Memorias* que hoy termino.

El éxito del *Itinerario* fué tan brillante, como discutido fué el de *Los Mártires*. No hay emborrador de papel, por insignificante que sea, que a la aparición de su *fárrago* no reciba cartas de felicitación. Entre las que llegaron a mis manos, hay una que no me es permitido hacer desaparecer, por ser la carta de un hombre lleno de virtud y de mérito, que ha publicado dos obras de reconocida autoridad, y que no dejan nada que decir sobre Bossuet y Fenelón. El obispo de Alais, cardenal de Bausset, es el historiador de estos dos grandes prebostes. En mi opinión, dice de mí más de lo que merezco, que esto es una costumbre admitida cuando se escribe a un autor; pero el cardenal hace conocer la opinión general del momento sobre mi *Itinerario*; entrevé, con relación a Cartago, las objeciones que habían de hacerse a mi opinión geográfica; sin embargo, esta opinión ha prevalecido, y vuelvo a su lugar las puertas de Dido. Su carta es notable por la elegancia de una escogida sociedad, por el estilo grave que le prestaban la cortesanía, la religión y las buenas costumbres: excelencias de lenguaje que tan raras son hoy.

Villemeisson, por Lonjumeau (Sena-y-Oise)
25 de marzo 1811.

«Ha debido usted recibir, y habrá ciertamente recibido la justa recompensa del reconocimiento y de la satisfacción pública; pero le puedo asegurar que ninguno de sus lectores habrá experimentado un sentimiento más puro que yo. Es usted el primero y el único viajero que no